ADMINISTRACIÓN
LÍRICO-DRAMÁTICA

# EVA

DIÁLOGO EN PROSA

POR

JOSÉ DE VELILLA y Rodríguez

Estrenado en el TEATRO LARA, de Madrid,
en la noche del 25 de Abril de 1899
á beneficio del primer actor D. JOSÉ SANTIAGO.

MADRID
MAYOR NÚM. 16, ENTRESUELO
1899

# EVA

DIÁLOGO EN PROSA

POR

## JOSÉ DE VELILLA

Estrenado en el TEATRO LARA, de Madrid,
en la noche del 25 de Abril de 1899
á beneficio del primer actor D. JOSÉ SANTIAGO.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

SEVILLA

Tipografía de Gironés, Lagar 5.
1899

17

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y en Ultramar, ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados de la Administración Lírico-dramática de HIJOS DE E. HIDALGO son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

*Á Matilde Rodríguez y á Pepe Santiago, admirables intérpretes de esta obrilla, dedícala en prueba de gratitud*

EL AUTOR.

721801

# REPARTO

| Personajes. | Actores. |
| --- | --- |
| ESCOLÁSTICA. . . . . | D.ª MALILDE RODRÍGUEZ. |
| HILARIÓN.. . . . . | D. JOSÉ SANTIAGO. |

**LA ACCIÓN EN MADRID**

**Época actual.**

(Este diálogo, en parte, es arreglo del titulado *Le femme,* de Gresset d'Ancort.)

# DECORACIÓN

Sala decentemente amueblada.—Al foro, derecha, alcoba, y en ella una cama, mesa de noche y una butaca.—Balcón lateral, á la derecha, y puerta á la izquierda.—Al lado derecho mesa de despacho con libros grandes, papel y recado de escribir.—Al lado izquierdo sofá, butacas y velador; sobre éste una botella con agua y dos copas.—Todo el mobiliario, aunque decente, de fonda ú hotel.—Por derecha é izquierda entiéndase la del actor.

## ESCENA ÚNICA

HILARIÓN.—Luego ESCOLÁSTICA.

(Hilarión aparece sentado á la mesa, consultando libros y escribiendo apuntes en algunas cuartillas. Á poco de alzarse el telón suspende su trabajo.)

HILAR. No hay mejor amigo que un libro.... El estudio.... ¡oh!... el estudio es una gran cosa.... Con el estudio se hacen los sabios. Si los ignorantes estudiaran, habría menos ignorantes. (Levántase y viene á sentarse en una butaca.) Ahora, descansemos, fumemos y meditemos.... fumando. (Enciende un cigarrillo de papel y fuma.) Estas espirales de humo aromático ayudan poderosamente á la meditación... ¡Qué discurso el que voy á pronunciar en el Ateneo!... El tema es viejo; nada hay nuevo en el mundo; ya lo dijo aquel: *Nihil novum sub sole;* la novedad ha de consistir en la manera de presentarlo, en las altas consideraciones filosóficas y sociales.... (Escolástica toca

dentro el piano ruidosamente; Hilarión se levanta y va á la puerta de la izquierda.) ¡Aprieta, hija, aprieta! (Viene al proscenio.) ¡Vaya con la musicófila! (Paseando.) Hé aquí los inconvenientes de vivir en una fonda: cada huésped hace en su cuarto lo que le da la gana, sin cuidarse de que puede molestar al vecino.... ¿Quién estudia, quién medita con ese ruido infernal?... (Cesa el piano.) Se ha callado: parece que me ha oido. ¿En qué estaba yo?... ¡Ah, sí!... Este nuevo y originalísimo aspecto de la cuestión motivará protestas y objeciones sin número.... (Escolástica toca dentro el piano.) ¿Otra vez?... Procuraré abstraerme.... El fundamento principal.... ¡Nada, que es imposible! (Yendo á la puerta de la izquierda y alzando la voz.) ¡Señora! (Cesa el piano.)

ESCOL. (Dentro, con voz alta.) ¿Qué se le ofrece?

HILAR. Estoy estudiando; tenga usted la bondad de no interrumpirme.

ESCOL. Yo también estoy estudiando.

HILAR. Pero yo estudio sin molestar á nadie.

ESCOL. ¡Hombre incivil! ¿Llama usted molestia al arte divino de la música?

HILAR. Será todo lo divino que usted quiera; pero al fin es música.

ESCOL. ¡Déjeme usted en paz!

HILAR. Que se le van á dormir las manos y va usted á tener hormiguillas.

ESCOL. ¡Lo que á usted no le importa! (Sigue tocando el piano.)

HILAR. Eso, nó; pero sí el tropel de corcheas, fusas y semifusas con que me atolondra y desvía el curso de mis pensamientos.... ¿Lo oye usted? (Espera contestación.) ¿Se ha vuelto usted sorda? (Viene al proscenio: tono natural.) No me extrañaría, porque con ese martilleo le pasará lo que al herrero, que acaba por no oir los golpes. Vamos, se apacigua.... (Cesa el piano.) Aprovecharé estos instantes.... (Reflexiona.) Hay que poner gran cuidado en el exordio para captarse las simpatías del público. Yo me colocaré en postura académica.... (Ensaya algunas.) Así.... nó.... así.... y empezaré diciendo: Señoras, señores.... (Escolástica toca, dentro, la jota.) ¡La jota!... Esto es into-

lerable. (Queriendo no hacer caso y continuar.) Señoras.... señores.... (Sugestionado por la música presta oido, tararea y canta.)

La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa....

¡Por vida de...! (Dándose cuenta.) Esa música me sugestiona.... (Yendo á la puerta de la izquierda y gritando.) ¡Vecina! ¡Vecina!.... (Cesa el piano.) ¡Señoraaa...!

ESCOL. (Por la puerta de la izquierda, gritando en el mismo tono.) ¡Caballerooo...!

HILAR. (Con cortesía.) Dispénseme usted, señora.... ¿ó señorita?

ESCOL. Señora.... ¡Ay!

HILAR. ¿Le duelen á usted los dedos?

ESCOL. No, señor; suspiraba porque soy viuda.

HILAR. Por muchos años.

ESCOL. No lo quiera Dios. (Rápido.)

HILAR. Perdone usted; me he distraido....

ESCOL. ¿Y puede saberse qué es lo que usted desea, señor don...?

HILAR. Hilarión.

ESCOL. Nombre de sabio.

HILAR. El mío es griego, y soy catedrático del Instituto de Zamora.

ESCOL. No podía faltar. ¿Y es usted soltero.... ó viudo? (Con coquetería.)

HILAR. Lo otro.

ESCOL. ¿Casado?

HILAR. Por la Iglesia y por el Juzgado municipal.

ESCOL. ¡Casado!

HILAR. Y con siete hijos.

ESCOL. No ha perdido usted el tiempo.

HILAR. En Zamora no hay otras distracciones. En fin, señora doña.... ¿la gracia de usted?

ESCOL. ¿No está á la vista?

HILAR. Gracia y hermosura.

ESCOL. Es usted muy galante. (Ap.) (¡Lástima que no se halle disponible!)

HILAR. Le preguntaba su nombre.

ESCOL. Escolástica.

HILAR. Nombre de escuela.... Nombre de profesora.

ESCOL. Lo soy de piano. Desde que me quedé viuda—va para tres años—¡ay!... me mantengo tocando.

HILAR. Y lo hace usted á la perfección.

ESCOL. Me enseñó mi marido, que era un gran músico; profesor de piano y de flauta.

HILAR. ¿Y de qué murió el buen señor?

ESCOL. De tisis pulmonar.... Había soplado mucho. (Acción de tocar la flauta.)

HILAR. Reciba usted mi más sentido pésame. (Dándole la mano.)

ESCOL. Gracias, caballero. Reciba usted mi felicitación por su matrimonio. (Dale la mano.)

HILAR. Siento que no hayan quedado dulces. Siéntese usted.... (Lo hacen los dos.) y hablemos.

ESCOL. Usted dirá.

HILAR. Usted es huéspeda antigua en esta fonda.

ESCOL. Llevo en ella dos años; al morir mi esposo quedé sola en el mundo y busqué el arrimo de una familia....

HILAR. De huéspedes; como quien dice.... una familia de pájaros.

ESCOL. Sí señor; y estoy huyendo siempre de los picotazos.

HILAR. Yo vine á esta casa hace cuatro días.

ESCOL. Ya reparé en usted desde su llegada.... en la mesa redonda.

HILAR. Aquel día me pusieron la silla junto á la suya. Estaba usted sirviéndose el asado.

ESCOL. Era pollo.

HILAR. Sí señora; yo la dije: «Tenga usted la bondad de pasarme esa pechuga.» Y me la pasó.... ¡Qué pechuga! ¡Riquísima!

ESCOL. Sí que estaba buena.

HILAR. Luego me dieron este cuarto, separado de ese que usted habita por un estrecho pasillo....

ESCOL. ¿Adónde va usted á parar? (Con extrañeza.)

HILAR. Al cuarto de usted....

ESCOL. ¡Caballero! (Con seriedad.)

HILAR. A que somos vecinos; á que, mientras yo me dedico al estudio, usted se ocupa en atormentarme con su piano.... y á que esto no puede seguir así.

ESCOL. ¡Señor don Hilarión, usted insulta á mi piano! (Levantándose con enojo.)

HILAR. (Levantándose.) Iré á presentarle mis excusas. Pero sepa usted, señora doña Escolástica, que

estoy preparando un discurso que he de pronunciar en el Ateneo de Madrid....

ESCOL. (Calmándose.) ¡Y poquito que me gustan á mí los discursos! Sobre todo, cuando el orador, al acabar, exclama.... (Imitando gestos y tono oratorios.) «Saludo, también, á las señoras, hermosísima mitad del género humano, que son el encanto, la virtud, la belleza, que son los ángeles, que son las flores, que son las.... que son las.... los....» etcétera. Eso es muy bonito. No faltaré cuando usted hable.

HILAR. (Satisfecho.) Le agradezco la distinción. (Con mucha urbanidad.) Y por esta causa le suplico que deje en silencio su piano, mientras repaso y aprendo de memoria mi discurso.

ESCOL. ¿Lo aprende usted de memoria?

HILAR. (Con énfasis.) Sí, señora; así resultan los discursos fáciles, fluidos, espontáneos y hasta improvisados, si se quiere.

ESCOL. ¡Ya!... De modo que mi música ha perturbado al orador....

HILAR. Ciertamente. Estaba ensayando los gestos, las actitudes, las sonrisas, los fruncimientos de cejas, las dilataciones de los ojos y de la boca, y repitiendo los períodos más grandilocuentes....

ESCOL. ¿Y sobre qué hablará usted? (Con curiosidad.)

HILAR. Sobre la mujer.

ESCOL. ¡Caballero! (Con seriedad.)

HILAR. He querido decir que hablaré de la mujer. El tema de mi discurso es: «La costilla de Adán, Eva.»

ESCOL. Muy ingenioso.

HILAR. La mujer es un tema lleno de profundidades, que sólo pueden llenarse....

ESCOL. Con el matrimonio. (Rápido.)

HILAR. Usted lo convierte todo en substancia.

ESCOL. Pues ¿á qué está una?

HILAR. ¿Comprende usted, ahora, la necesidad de que descanse su piano? Es un favor....

ESCOL. Que espera merecer su afectísimo, q. l. b. l. p. (Como si estuviera acabando de leer una carta.) Recibida y concedido; pero con una condición.

HILAR. ¿Cuál?

ESCOL. Que ensayará usted su discurso en mi presencia.

HILAR. Señora.... (Disculpándose.)

ESCOL. Favor por favor. Así distraeré mi aburrimiento.... porque una mujer sola, viuda, y sin tener con quien hablar, se aburre de lo lindo.

HILAR. Consentiré en ello por complacerla.

ESCOL. Y por no oir mi música.... (Con ironía.)

HILAR. Por ambas cosas.

ESCOL. Figurémonos que esta es la mesa.... (Señala la de despacho.) Este es el presidente.... (Coloca un libro grande, de canto, en el testero de la mesa.) Estos serán los secretarios.... (Pone un libro de igual manera en cada costado de la mesa.) El auditorio.... el que nos honra con su presencia. (Señalando al de la Sala.—Siéntase en una butaca.—Pausa.) Vamos.... ¿no empieza usted?

HILAR. (Registrándose los bolsillos.) Estoy buscando los quevedos.

ESCOL. ¿Es usted corto de vista?

HILAR. Nó, señora; pero los quevedos son adorno y auxilio para un orador.... Aquí están. (Sácalos y se los pone.)

ESCOL. Ea, soy toda oidos.

HILAR. Ya que usted lo quiere.... (Se coloca en actitud oratoria, tose, bebe agua, saluda y se dirige al público.) Señoras: señores....

ESCOL. ¡Muy bien, muy bien!

HILAR. Me recomiendo á la benevolencia de este culto y distinguido auditorio. Y para no abusar de vuestra longanimidad, entraré, desde luego, en materia.

ESCOL. ¡Eso, eso!

HILAR. El tema de mi discurso será la costilla de Adan, Eva, la mujer, presentada bajo nuevos aspectos á la luz de la Filosofía, de la Historia, de las Ciencias exactas, de la fotografía animada y de los rayos Rœtgen. (Bebe.)

ESCOL. ¡Lo que sabe usted!

HILAR. Gracias.—Señoras: señores: ¿de qué palabras tan varoniles no necesita un orador para tratar un tema tan viril?... Finalmente, comenzaré por el principio.—Adan, nuestro primer padre, estaba solo en el Paraíso terrenal, y era feliz, sin duda porque estaba solo. Dios quiso aumentar su felicidad, dándole una compañera.... (Con desprecio.)

¡Y qué compañera, señores, qué compañera!—Una mañana de Abril, Adan, que se había acostado tarde la noche anterior....

ESCOL. Habría estado en el teatro.

HILAR. No me corte usted el hilo.—Adan dormía profundamente, á la márgen de un río, tendido el hermoso cuerpo desnudo....

ESCOL. ¡Que hay señoras!

HILAR. (Corrigiéndose.) Iba á decir que estaba arropado por la gracia. (Durante este discurso, tose, bebe, juega con los quevedos, saca el pañuelo y se enjuga la frente, se estira los puños, adopta diversas posturas, varía de tonos y de inflexiones de voz.—Escolástica le escucha primero con regocijo y admiración, luego con impaciencia, después con gran irritación, queriendo interrumpirle, demostrándolo por gestos y actitudes. Todo este juego escénico se deja á la discrección de los actores.) Mientras dormía sintió que una mano invisible le escarabujeaba y le abría un costado, amasándole una costilla, y seguidamente.... ¡oh, qué horror!... se vió salir de aquel costado sangriento un sér blanco, sonrosado, bellísimo y tembloroso. ¡Era la mujer, sí, era la mujer! (Transición.) El cielo ennegrecióse, rugió el trueno, el sol palideció, las flores cayeron marchitas, y espantadas las fieras aullaron lúgubremente.—(Gran pausa.) ¿De qué nacía, ¡oh señoras y señores! de qué nacía aquella pavorosa convulsión de la naturaleza, aquel súbito espanto de los seres y de las cosas? ¡Ah, que la naturaleza es previsora, y la agitaba, estremeciéndola, el presentimiento de los terribles males que lloverían sobre las cosas y los seres con la aparición de la mujer!

ESCOL. No estoy conforme. Pido la palabra. (Sin poder contenerse.)

HILAR. Que tome nota el Secretario.—Continúo.—Sí, señoras y señores: la naturaleza adivinaba que todo cuanto ella contiene, todo cuanto la forma, animales, vegetales y minerales, que en su seno había amamantado y hecho vivir, servirían para nutrición y adorno de aquel cuerpo, y la naturaleza y cuanto ella contiene se revelaban contra la aparición de la mujer!

ESCOL. ¡Pido la palabra!

HILAR. (Entusiasmado, sin hacerle caso.) El elefante, meditabundo, pensaba que de sus blancos colmillos se harían aros y sonajeros para entretener al primer pimpollo de aquella criatura; el león, que de su piel real se recortaría una alfombra para sus piés; los pájaros piaban, viéndose ya pegados, con las alas extendidas, á un sombrero gigantesco y ridículo; la oveja y la cabra balaban tristemente, pensando la una que su blanca lana se convertiría en vistosas telas, y la otra que su pellejo se emplearía en botitos imperiales.

ESCOL. (Sofocada.) ¡Pido la palabra! ¡Pido la palabra!

HILAR. (Sin oirla.) —¡Suerte peor que la vuestra—decía el abeto, sacudiendo su afligido follaje—me reserva la mujer: corriendo mañana, tarde y noche, á un tanto por la carrera, ó por la hora, tendré que llevarla á sus diversiones, y tal vez mi casta madera servirá para encubrir sus culpables amoríos!—¡Nos arrancarán de las entrañas de la tierra—murmuraban los minerales, llorando—y adornaremos su cuello, sus brazos, sus dedos y hasta sus orejas!—¡Y con nosotros lo comprará todo—exclamaban gimiendo el oro y la plata.... porque entonces no escaseaban estos metales, ni tampoco las monedas! ¡Hé aquí, señoras y señores, cómo acogió la naturaleza la aparición de la mujer!

ESCOL. (Levantándose, interrumpiéndole, muy sofocada.) ¡Basta! ¡Basta! Me tomo la palabra. No hay paciencia para oirle. ¡Vaya un discurso! (Hilarion se sienta.) Será verdad, porque usted lo asegura, y yo lo ignoro, que la naturaleza protestó contra la aparición de la mujer. Bueno; concedido: protestó. Pero ¿y el hombre? Dígame usted, ¿el hombre protestó también? Nó, señor; todo lo contrario. Cuando Adan despertó y vió por primera vez á Eva, gritó maravillado:—¡Oh! ¿qué es esto?—Después la examinó atentamente, y, serenándose poco á poco, añadió:—¡Oh! ¡Preciosa, preciosa, preciosa!—Eva se levantó.... —¡Oh! ¡Preciosa, preciosa, preciosa!...—seguía diciendo Adan.—Eva se sonrió....—¡Preciosa, preciosa, preciosa!...—repetía con admiración

el padre de los hombres.—Y vino la noche, noche estrellada, serena, embriagadora. Y á la mañana siguiente, cuando la aurora descorrió el velo de la noche, el sol iluminó la frente radiante del hombre, que, suavemente reclinado, contemplaba extático el rostro encantador de su compañera adormecida, y repetía quedito, muy quedito....—¡Preciosa, preciosa, preciosa!

HILAR. (Que habrá estado haciendo signos de negación y desprecio, levantándose con ímpetu.) Y en tanto, la serpiente se arrastraba, se arrastraba, se arrastraba, silbando.... Eva despertó, la miró fijamente, y aquella mirada fué el principio del fin del mundo.

ESCOL. Concederé, también, que Eva fué la causa primera de nuestros males; pero no la creo tan culpable como se dice. Considere usted que nuestra madre Eva carecía de toda instrucción.

HILAR. Entonces la instrucción no era obligatoria.

ESCOL. Ni laica. Eva no tenía experiencia de la vida. No habiendo visto nada, todo la sorprendía y la fascinaba; no sabiendo nada, ardía en deseos de saber y conocer: todo era en ella inocencia y candor. Convenga usted en que, en igualdad de circunstancias, otras mil, en su lugar, se hubieran dejado seducir por la serpiente.

HILAR. Nó; todo la acusa. (Alzando la voz.)

ESCOL. Nó; todo la excusa. (Idem.)

HILAR. Nó.

ESCOL. Sí.

HILAR. Nó.

ESCOL. Sí.

HILAR. ¡Nó, nó.... y nó! (Alteradísimo.)

ESCOL. (Transigiendo.) Sea: no la diculpemos, pero no hagamos á las demás mujeres responsables de su falta.

HILAR. Todas han sido hechas en el mismo molde.

ESCOL. Afortunadamente.

HILAR. Son extravagantes, pretensiosas, indiscretas, de carácter ligero, de espíritu maligno, pérfidas.... y crueles como las fieras.

ESCOL. Sí; y apesar de todo eso, no hay cosa en el mundo que no haga el hombre por esas amables fierecillas.

HILAR. ¡Las mujeres no valen nada!

ESCOL. (Trayéndole al proscenio y haciéndole mirar al público.) Venga usted, eche una ojeada por la sala, y cambiará de opinión. Mire usted, allí.... (Señalando.) á la derecha, aquella morena tan arrogante.... Allí, á la izquierda, aquella rubia tan candorosa; y más allá, aquella pelinegra tan picaresca.... Vamos.... ¿no cree usted, ahora, que nuestra madre Eva tuvo razón, y que las mujeres son ángeles?

HILAR. ¡Caidos, caidos! (Renuevan la disputa.)

ESCOL. La mujer es un sér adorable.

HILAR. Es un sér mentiroso, lleno de defectos.

ESCOL. ¡Caballero.... usted habrá tenido madre!

HILAR. Nó, señora.

ESCOL. ¡Imposible! ¿A quién debe usted su nacimiento?

HILAR. A la operación cesárea.

ESCOL. ¡Vaya una salida!... La mujer tiene todas las perfecciones, todas las cualidades.

HILAR. ¡Ni una sola!

ESCOL. ¿Le negará usted la de ser útil á la humanidad?

HILAR. ¿Util?... ¡Ah, sí!... Por la multiplicación.

ESCOL. ¿Y es poco mérito?

HILAR. (Con desprecio.) ¡Eso es una niñería!

ESCOL. ¡Claro!

HILAR. El genio del hombre no reconoce límites... Ya nos hubiéramos pasado sin la mujer y encontrado cualquiera otra cosa.... con la electricidad.... por ejemplo....

ESCOL. ¿Está usted en su juicio?

HILAR. ¿No hemos inventado el telégrafo, el teléfono, el fonógrafo y el cinematógrafo?

ESCOL (Desesperada) No acierto á convencerle; y en vista de su odio contra las mujeres, voy sospechando....

HILAR. ¿Qué?

ESCOL. Que, acaso, no habrá sido usted feliz en su matrimonio.

HILAR. ¡Señora!

ESCOL. Que su mujer le habrá engañado.

HILAR. (Furioso.) ¡Señora! ¡Señora! ¡Cuidado con lo que se habla! ¡No ofenda usted á mi mujer! Mi mujer es buena, virtuosa, amable, guapa, fidelísima, me quiere mucho, reune todas las per-

fecciones, es un angel.... y yo la idolatro!

ESCOL. (Con admiración.) Entonces.... ¿por qué odia usted á la mujer?

HILAR. ¡Qué he de odiar!... ¡Ni por asomo!

ESCOL. Como en su discurso....

HILAR. ¿Y qué tiene eso que ver? Para un discurso se elige un asunto cualquiera, un tema sensacional: el caso es producir efecto: es cuestión de arte.

ESCOL. (Con alegría.) De modo.... ¿que usted no siente nada de cuanto ha dicho?

HILAR. Nada, señora, nada, absolutamente nada. ¿Cree usted que yo iba á decir lo que siento delante de tanta gente que no conozco? (Señala al público.) ¿Cree usted en la sinceridad de los oradores? ¿Nunca ha estado usted en el Congreso?

ESCOL. ¡Qué!... ¿En la Cámara no hay oradores sinceros?

HILAR. Si hubiese alguno, le echarían á la calle.

ESCOL. Pues no imite usted á esos oradores.

HILAR. Estoy arrepentido, y seguiré su consejo.... Haré otro discurso.... ¡Ya tengo el tema!

ESCOL. ¿Cual?

HILAR. Este: «La mujer es la obra maestra de la creación.» (Reconciliados, se estrechan las manos afectuosamente.—Cae el telón.)

FIN

---

**La representación de este juguete sólo devengará la mitad de los derechos correspondientes á un acto.**

# OBRAS DEL MISMO AUTOR

## DRAMÁTICAS

**Don Jaime el Desdichado,** drama original, en tres actos y en verso.
**Una herida en el alma,** drama original, en un acto y en verso.
**El hijo de Sancho el Noble,** drama original, en tres actos y en verso.
**Mira de Amescua ó El valle de lágrimas,** drama original, en tres actos y en verso.
**Apuesta de amor,** comedia arreglada, en dos actos y en verso. (1)
**Sobra y falta,** comedia original, en tres actos y en verso.
**Witiza,** drama trágico original, en tres actos y en verso.
**La expulsión de los moriscos,** drama original, en tres actos y en verso.
**Torrigiano,** drama original, en un acto y en verso. (2)
**El último dia,** drama original, en un acto y en verso. (3)
**La luz del rayo,** drama original, en tres actos y en verso.
**Reinar para no reinar,** drama original, en tres actos y en verso.
**La duda,** drama original, en tres actos y en prosa. (4)
**Á espaldas de la ley,** drama original, en tres actos y en verso. (5)
**Los enemigos del orden,** comedia original, en dos actos y en prosa. (6)
**Daniel,** comedia original, en tres actos y en verso.
**¡Vencido!** monólogo dramático, original y en verso.
**El año veinte,** zarzuela original, en un acto y en verso, música del maestro Mariani.
**Eva,** diálogo en prosa.

## NO DRAMÁTICAS

**El manto de la Virgen,** leyenda en verso.
**Meditaciones y recuerdos,** poesías.
**El teatro en España,** estudios históricos.
**Prólogo á las poesías de Concepción Estevarena.**
**Liberales y realistas,** bosquejo histórico.
**Homenaje á la Excma. Sra. Doña Antonia Diaz de Lamarque.**
**Los juegos florales,** discurso.
**El romanticismo,** discurso.
**El Santo Congreso Hispalense,** estudio histórico.

---

(1-2-3) En colaboración con D. Luis Montoto.
(4-5-6) En colaboración con D. Luis Escudero.

# PUNTOS DE VENTA

## MADRID

Librería de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas 18; y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel 2.

## PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

---

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.